

# Elogio a la amistad

SALVADOR PONS MUÑOZ

Cuando en 1952 nos nombraron, a Vicente y a mí, asesores de Florentino Pérez-Embid, el nuevo director general de Información, Vicente tenía veintitrés años y yo dos más. Hacía unos meses que yo había terminado mis prácticas de alférez en el batallón de cañones contracarros de El Escorial, y Vicente se incorporaría unos meses después a la misma unidad. En verano del 53 nos fuimos, cada uno por su cuenta, a Inglaterra para mejorar el inglés con vistas a las oposiciones a Técnicos de Información y Turismo, que se acababan de convocar y que estábamos preparando codo con codo. Ingresamos al año siguiente en la primera promoción de dicho Cuerpo, donde nos escalaforaron en los puestos trece y catorce, a mi entender injustamente porque Vicente hizo mejores ejercicios y merecía estar en la cabeza de la promoción pero, como yo era más antiguo, el tribunal me dio preferencia.

En aquellos meses de preparación de un programa, extenso y heterogéneo –era Cuerpo de reciente creación– abordamos temas insólitos, como uno sobre el flamenco en el que Vicente sacó –no sé de donde– la definición y descripción del polo, la caña, el tiento, las bulerías, la farruca y el garrotín, logro que a pesar de los años transcurridos sigue asombrándome. Ahí comencé a medir la facilidad, la profundidad, la inteligencia en suma, de Vicente, que abordaba la preparación de temas históricos, filosóficos o folklóricos con similar destreza y originalidad.

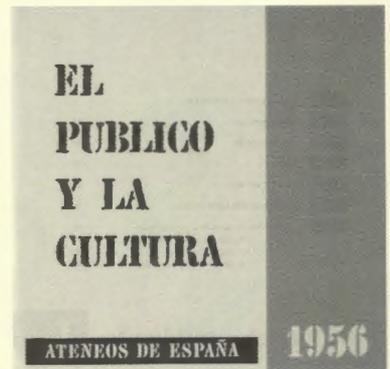
Desde nuestra entrada en el Ministerio, Vicente se incorporó al Ateneo de Madrid dependiente en aquel entonces de nuestra Dirección General, e inició dos grandes tareas: preparar su tesis doctoral y poner en marcha –así, por las buenas– desde aquel Ateneo, plomizo y opaco, la apertura al arte de vanguardia con las dos salas de exposiciones que él creó, tal como cuenta José Luis Sánchez –Pepus– su fiel consejero áulico; es decir, las vicisitudes de su creación y los frutos que se alcanzaron en los cuatro años largos que Vicente dedicó a esta novedosa e importante labor, que seguiría José Luis Tafur, siempre con Pepus, cuando Vicente emigró, en 1957, al naciente Estudio General de Navarra para comenzar sus tareas docentes. En aquel oasis creativo ayudó, con textos para los catálogos e iniciativas mil, Pepe Hierro, que dirigía con tino y generosidad el aula de poesía del Ateneo en aquellos años cincuenta.



*Ateneo de Madrid.*

Vicente con las artes plásticas, y yo organizando ciclos de conferencias y conciertos en colaboración con los Ateneos de España y entidades similares, preparamos un folleto en 1956 con el título *El público y la cultura*, que maquetó y diseñó el polifacético Pepus, y que escribimos, al alimón, los que Luis Miguel Enciso califica en su artículo como los Tip y Coll de la cultura de aquellos años: Vicente y yo. Estábamos muy influenciados entonces por las publicaciones inglesas, especialmente por *The Times Literary Supplement* que era nuestra biblia. Y a este tenor escribíamos que la ayuda del Estado en empresas culturales es asunto harto complejo porque «no siempre es fácil, en un terreno tan resbaladizo como el cultural, mantener un sano equilibrio entre el impulso oficial y la iniciativa privada». Así respirábamos los dos, junto con Jesús Polanco, que colaboraba con la Editora Nacional, muy influidos también por Florentino que parecía una especie de maestro de novicios en aquella Dirección General en la que, sus colaboradores más directos nos llamaban, a Vicentito, Polanquito y Salvadorito, los tres alevines de Florentino. Cada uno a sus cosas, eso sí.

Vicente y yo nos pasábamos horas y horas cambiando impresiones y alentándonos mutuamente como dos remeros que bogaban gozosamente por aquellas aguas. Advierto que, en mi papel de coordinador de este homenaje a Vicente, he leído todo lo que se ha escrito en este libro. No podría añadir calificativo o juicio nuevo a los expresados por los alumnos que



Vicente Cacho  
 Pamplona, 17 abril 66  
 Querido Salvador,  
 Me da el jueves pasado soy un vulgar aporreo - han comenzado la serie de debates congresuales Univ. y de España, de Santiago. Fíjate!! Aún no me vale nada de hacer un de Trienal, pero me temo que sea relativamente pronto. No es que tenga demasiadas esperanzas, pero como es lógico aceptaré. Esto me obliga, ya que no obstante el cuello al cuello, por lo menos, y de momento, a hacer un curso, y dedicar todo el tiempo posible a estudiar, publicar unos cuantos artículos, hacer la memoria, etc, etc.

Te digo todo esto para justificar el que ahora no pueda comprometerme a tener un gran de un el que se debe la ría de Bilbao, y sé que que lo sé de veras.

Ejemplo es por Madrid la reunión que viene y ya hablabamos. Unos son un curso de los Brauns - que me te justificaré - y me daré una idea privada sobre para convencer lo que hablabamos, por si pueden valer para obtener el documental, y que otro lo escribo. Dímelo a Ramón, y que ya si esto no pueden hacer con el que me tiene.

Ayer esperaba ver los resultados; supongo que no fundaron en su opinión, y que volveremos pronto la bomba la noticia de la muerte de Isabel y por María quedando un tiempo a un curso, así estoy bajo la impresión.

Salvador, un fuerte abrazo, y hasta pronto.  
 Vicente

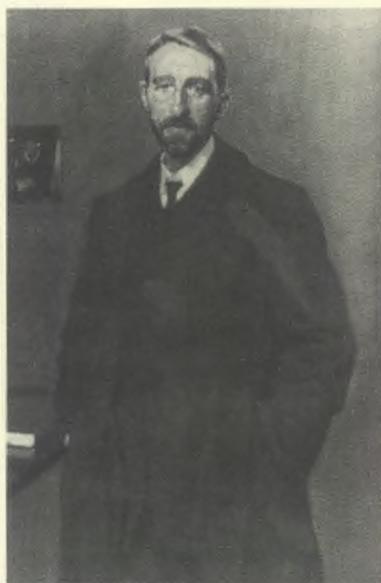
Carta de Vicente Cacho a Salvador Pons, desde Pamplona, en la que se excusa de no haberle enviado el guión sobre la ría de Bilbao para la serie de Televisión Española "Conozca usted España".

fueron de Vicente, o discípulos, colegas universitarios, amigos. Su inteligencia, su generosidad, su comprensión, su laboriosidad, su minuciosa capacidad organizativa, su entusiasmo por causas que a veces le eran ajenas, su buen sentido, su ejemplar norma de conducta, su elegancia espiritual, su sentido crítico, su cáustica ironía, su sentido de la amistad –tan amplio, con gentes de tantas y heterogéneas procedencias–.

Pues bien, todo lo que se ha dicho de Vicente lo sabía, lo había experimentado en nuestro trato. Sólo hay un extremo que no había calado suficientemente: el profundo afecto, el respeto y admiración que Vicente ha despertado entre los intelectuales catalanes, el valor que se ha reconocido a su obra, a su profundo conocimiento de la cultura catalana. Su reivindicación del nacionalismo catalán como factor de modernización. En este sentido se ha comparado su labor con la de Menéndez Pelayo.

En parte, el disfrute de la compañía de Vicente se me acabó con lo que yo –no él– calificué como destierro pamplonés. Fueron diez años atenuados por una nutrida correspondencia y por sus escapadas a Madrid. Lo cierto es que no concebía yo proyecto alguno sin hablarlo con él. Cuando en 1958 me destinaron a dirigir las publicaciones de la Dirección General de Turismo, las aportaciones de Vicente fueron muy valiosas. En aquel momento pudimos dar un paso de gigante en la imagen turística española, entre otras cosas, gracias a las importaciones de maquinaria de artes gráficas facilitadas por el plan de ayuda americano, que se inició después de la visita de Eisenhower a Madrid. En un año escaso dimos la vuelta a aquel negocio: desaparecieron las preciosas y venerables fotos en blanco y negro de Ortiz Echagüe y Müller, irrumpieron las transparencias en color de Catalá Roca, Ciganovic y Ramón Masats que reproducían imágenes de una España viva. Salieron –como un grito de alegría– los nuevos carteles a todo color. Cambiamos los formatos y las ilustraciones de aquellos vetustos trípticos de las ciudades españolas en tonos sepia, y Vicente escribió el primer texto de un folleto sobre Toledo que fue el comienzo de mi amor por esta ciudad. Allí lució su sentir institucionista cuando se sacó de la manga la cita rotunda de Manuel Bartolomé Cossío: «Toledo es la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Es el resumen más brillante y más sugestivo de la historia patria. Por esto, el viajero que disponga de un solo día en España deba gastarlo sin vacilar en Toledo».

En el argumentario turístico que me encontré en 1958 al llegar a la Dirección General, que estaba en la calle del Duque de Medinacelli, brillaba como un sol refulgente el *Spain is different* que Vicente consideraba tan aislacionista y negativo, como falso y perjudicial para la imagen de nuestro país. Por aquello de "el que pregunta se queda de cuadra", dejamos por las buenas de utilizarlo sin que se levantara voz alguna reclamando. Empezaron a recibirse premios internacionales por los nuevos carteles que reproducían



Manuel Bartolomé Cossío.

imágenes vivas y atractivas de España. Así, formando piña, Vicente, Paco Girón Tena y otros compañeros conseguimos ganar la partida y cambiarle la cara turística a España.

Años antes habían empezado los preparativos para montar el pabellón de España en la Exposición Universal de Bruselas de 1958. Era la gran oportunidad para que el Régimen, aislado políticamente, pudiera lucir el palmito allí. No olvidemos que la de Bruselas era la primera exposición que se celebraba tras la Segunda Guerra Mundial. Los arquitectos del pabellón patrio, Corrales y Vázquez Molezún, se lucieron con la obra, pero surgió el problema del contenido: cómo ordenar lo que se quería exponer. Me habían designado para representar al Ministerio de Información en aquel invento; una vez más surgió la mente vicentina que, para organizar los heterogéneos objetos y fotografías a exhibir, recurrió a los cuatro elementos de los filósofos sofistas griegos: el agua, el aire, el fuego y la tierra. Nadie en la Comisión Interministerial abrió el pico; aquello prosperó y los cuatro elementos han seguido utilizándose en sucesivos foros y publicaciones turísticas.

Vicente continuaba en Pamplona, pero seguíamos colaborando. Recuerdo un año que tuve que montar un *son et lumière* con los que el viejo general obsequiaba al cuerpo diplomático acreditado en Madrid y al

*Vista de Toledo desde los cigarrales.*



gobierno el dieciocho de julio en La Granja. Quiero pensar que yo estaba destinado ya en TVE y Vicente, que conocía La Granja casi mejor que los Borbones fundadores, me envió unas páginas manuscritas –todavía no había descubierto el ordenador– luminosas e inspiradas, que me fueron de gran utilidad. En ocasiones como esa yo le solía decir, ante su sonrisa divertida, que si algún día pensara asaltar las reservas de oro que guardan los americanos en Fort Knox, contaría con él para planificar el asalto.

En 1972, a raíz del episodio triste de su salida extemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona al poco de iniciar allí su docencia, nuestro amigo se quedó, como vulgarmente se dice, con una mano delante y otra detrás. Vicente había pedido hacía doce años la excedencia como Técnico de Información y Turismo, y tuvimos que remover Roma con Santiago para conseguir que le readmitieran en el Cuerpo con el sueldo pelado pero, eso sí, adscrito al Ateneu Barcelonès donde se había recluido en un palomar –como siempre– para estudiar el fenómeno cultural del catalanismo y sus orígenes en las viejas colecciones de periódicos y revistas de entresiglos. La Institución Libre de Enseñanza –con la que se sentía éticamente tan vinculado– ya estaba estudiada y habían premiado su libro con el Nacional de Literatura; ahora había que investigar la otra "moral colectiva": el nacionalismo catalán.

Después de la muerte de Florentino Pérez-Embid, Vicente, Amalio García-Arias, también difunto, y yo preparamos en 1977 la publicación del libro *Homenaje a la amistad* donde se recogieron los testimonios de tantos y tantos amigos del amigo desaparecido, edición para la que Lara nos prestó el sello editorial de Planeta. Quien lo haya leído se dará cuenta de que aquel libro nos ha servido de pauta para este que tenemos en las manos.

En 1978 andaba yo acariciando la idea de producir una serie televisiva sobre Goya. Vicente era ya catedrático de la Universidad de Barcelona. Habían pasado los años amargos del ostracismo académico inicial y Vicente gozaba ya del prestigio que sigue manteniendo en los cenáculos catalanistas.

*Antonio Fontán, Salvador Pons, Amalio García-Arias y Vicente Cacho durante la preparación del Homenaje a la amistad en memoria de Florentino Pérez-Embid en 1997.*



Entonces estudiábamos cómo hincar el diente al proyecto de esta serie; las agendas suyas, que como todo su archivo maneja Octavio Ruiz-Manjón, son fidedignas y rotundas: en el 78 sólo discutimos sobre el asunto, en el 79 Vicente dedicó a Goya 44 horas. Aquello significó varios viajes de Vicente a Madrid, para que Rosario, mi mujer, Pepito García-Velasco –entonces su alevín– Antonio Larreta (que iba a ser el guionista, y que largó aquel mismo año su novela *Volaverunt*, premio Planeta, fruto en casi su totalidad de las disertaciones de Vicente) y yo pudiéramos escucharle, paseando con su cigarrillo por mi casa mientras nos iba desvelando el perfil del pintor, sus etapas creativas, su encuadre en aquella coyuntura histórica –de la que fue su mejor cronista gráfico y crítico–, además de proporcionarnos bibliografía diversa, documentos a consultar y muchos puntos de vista totalmente originales, como su paralelo con Picasso que también cambiaba de estilo pictórico según cambiaba de mujer. Aquello eran lecciones magistrales con las que Vicente nos obsequió. Sobre aquella base se rodó más tarde la serie que emitió TVE y que se recibió con desigual favor. Hoy, realizadores punteros de Prado del Rey, que utilizan para sus trabajos este material cinematográfico, me atestiguan que la serie –veinte años después– se mantiene operativa, no ha envejecido.

Creo que ésta fue nuestra última colaboración, diríamos no académica, extracurricular. Vicente estaba inmerso –¿cuándo no lo estuvo?– en su trabajo universitario y en la investigación, quizá presentía su final. Siendo ya catedrático de la Complutense, le busqué para que codirigiera con Juan Pablo Fusi, un curso que presidía José M<sup>a</sup> Jover, sobre los nacionalismos catalán y vasco. Eran los años en que me había llamado José Antonio Escudero para colaborar con él en los nuevos Cursos de Verano que organizó la Complutense en El Escorial. Vicente estuvo brillante, inspirado, tanto en sus intervenciones como en la elección de los participantes. Vicente estaba ya, otra vez, en un palomar, el de la Fundación Ortega. Por entonces sus contactos, su relación, se fue centrando en dos personas: Vicente Ferrer, a quien había conocido cuando éste era adolescente en La Laguna y Octavio Ruiz-Manjón, su discípulo más directo, su *alter ego*. A ambos designó como albaceas intelectuales y académicos. Es ocioso que relate aquellos últimos quince años, que Octavio ha descrito magistralmente, y a quien debemos las excelentes cronología y bibliografía que abren el libro y que tanto me han ayudado para datar este artículo.

A propósito de cómo sacaba Vicente tiempo para el trabajo, cuando parecía regalarlo a sus amigos, Octavio, que ha manejado las agendas de Vicente de sus últimos quince años, ha encontrado la contabilidad minuciosa que llevaba, día a día, de sus horas de trabajo. Concretamente en 1986 contabilizó un total de 2.200 horas de estudio, lo que significa trabajar una media de seis horas los 365 días de año. Vicente comentó alguna vez que estudiar 1.200 horas anuales le parecía poco, 2.000 era lo deseable.

Vicente no sólo era amigo mío, sino de mi mujer –a quien felicitaba puntualmente cada año por la Virgen del Rosario– y de mis hijos, uno a uno, ya que venía mucho por casa; no había viaje, cuando estaba destinado fuera, que no viniera a almorzar; un dato curioso que Rosario nunca olvidó, a Vicente no le gustaban ni el arroz ni los macarrones. En casa reparaba en todos los detalles: un cuadro nuevo, cambio de muebles o cualquier adquisición. Todas sus publicaciones llegaban puntuales, cariñosamente dedicadas; recuerdo con orgullo la cita que me dedicó en el capítulo de agradecimientos en su libro sobre la Institución que editó Rialp. En uno de nuestros almuerzos invité a Olegario González de Cardedal, buen teólogo y amigo, que Vicente quería conocer porque le había gustado mucho su libro *Madre y muerte* que el primero me regaló; ambos coincidían en su afecto filial: ¿quién no recuerda el culto de Vicente a su madre, doña Vicenta? Congeniaron mucho desde el primer momento; tenían amigos comunes en Salamanca y en tropecientos sitios, no creo que volvieran a encontrarse más; es evidente que de allí salió que Vicente en su desiderata mortuoria pidiera la oración de Olegario proponiéndole, además, el tema: intelectual y muerte.

Fue socio numerario del Opus Dei pero nunca intentó catequizarme. Esa delicadeza que tuvo conmigo y con muchos más me la recordaba Pepe, mi hijo mayor, que trató, quiso y admiraba mucho a Vicente. Yo pienso –como muchos en este libro– que el apostolado que Vicente practicó fue el de la inteligencia y la tolerancia generosa y eficazmente prodigadas. Algunas veces, cuando estaba de paso por Madrid, venía a cenar: recuerdo en una ocasión que de regreso a la casa de Conde de Peñalver, donde paraba, nos quedamos charlando en el coche mucho tiempo. Vicente tenía preocupaciones, aparentes contradicciones internas, me habló de un libro que estaba planeando escribir y que se titularía *Las cuatro estaciones*, unas memorias de las que me anticipó algunos títulos de capítulos: la primavera de Pamplona, los gallos del amanecer, o el exilio catalán. Me dijo que ese manuscrito lo entregaría para su custodia a sus albaceas intelectuales, pero no recuerdo que los mencionara. Nunca más volvió a hablarme de aquello, ni creo que llegara a escribirlo pues nadie me ha dado noticia de ello. Me pregunto por qué Vicente no escribió sus memorias, así como quién le inspiró su tesis doctoral sobre la Institución Libre de Enseñanza.

A Vicente Ferrer y a Octavio Ruiz-Manjón les conocía yo mucho antes de que me los presentara. Vicente me hablaba mucho de ellos y así fui sabiendo de las actividades universitarias y de las oposiciones a cátedra de Octavio; no digamos de Vicente Ferrer, cuya carrera seguía la de Vicente casi como la sombra sigue al cuerpo. Cuerva fue, por eso, un hogar para Vicente que se refugiaba allí los fines de semana donde disfrutaba con los niños de la familia Ferrer que lo trataban como si fuera su abuelo: Donvi le llamaban. Al final, Vicente fue el que siguió a Ferrer en la Fundación Albéniz, donde fue vicepresidente. Allí con Paloma O’Shea, su gran amiga

y presidenta, hicieron una importante labor fundacional que Vicente vertebró intelectualmente. Octavio, tal como él relata, fue el báculo editorial de nuestro amigo y supo, hábil y certeramente, interpretar sus últimas voluntades autorales; no en balde yo le llamo «geómetra de la sintaxis»; nadie como Octavio para colocar la preposición adecuada o para aclarar la frase oscura.

Puedo decir que Vicente ha sido mi más viejo amigo. Me quedan más antiguos pero no tratados, tan relacionados continuamente como él. Nos pagamos con la misma moneda, quizá Vicente fue más generoso conmigo que yo con él: tanto es así que me siento en deuda. Fui a verle varias tardes al sanatorio Ruber cuando le operaron, almorzamos en *El Yate* después; y cuando cayó irremediablemente enfermo, y me lo permitieron, fui a verle a su casa de Rafael Calvo. Me asomé a la habitación y le hablé unos momentos, pero me aconsejaron que saliera y estuve unos minutos afuera con Octavio y otros amigos. Antes de irme entré de nuevo en su cuarto y le dije:  
- “Vengo a despedirme de ti”.

Entonces Vicente, que entendió en su profundo sentido lo que yo dije de manera informal, tomó mi mano entre las suyas y las apretó lo que pudo. Él sabía que nos despedíamos para siempre.

Dos días después volví a verle, pero ya de cuerpo presente, fuimos Rosario y yo. Isabel, su hermana, estaba sentada rezando a su lado. Vicente Ferrer me pidió que escribiera allí mismo una nota necrológica para *El Diario Montañés*, sólo recuerdo que, con lágrimas, le llamé historiador de raza y transcribí los versos que Machado dedicara a la muerte de Francisco Giner de los Ríos: “¡Oh, si, llevad, amigos // su cuerpo a la montaña, // a los azules montes // del ancho Guadarrama!”

Fue la suya una vida llena de sentido, plena. Ha podido presentarse ante Dios con las manos llenas: multiplicó los talentos que le habían sido dados. Descanse en paz el amigo entrañable, el compañero de fatigas.

En vuelo Madrid – La Habana, a 28 de febrero de 2003